

Domingo II de Pascua. Ciclo C

Jn 20, 19-31

a. Contexto

¡Felicidades, feliz Resurrección, compañeros en la fe! En este tiempo pascual más que nunca resulta conveniente recordar que los pasajes bíblicos son obra humana, además de iniciativa divina (Inspiración).

Por ser de autoría humana, utilizan sus autores de los recursos y de los instrumentos para su composición, para llegar mejor al sentido último de los textos en cuestión.

Es decir, que a la hora de leerlos interpretativamente se trata de determinar el contexto literario, social, histórico, cultural o religioso donde nacieron, antes de aplicarlos a la realidad presente donde son leídos.

La Comisión Bíblica en 1993 hablaba de las disciplinas sistemáticas a las que se debe acudir como auténticas ciencias (¡no sólo lo son las llamadas 'ciencias positivas': física, química, etc.!).

Y eso, para llegar más racionalmente a la lectura adecuada de lo que en la Biblia se dice, aparte de la dimensión de fe. Dicha lectura contextual, desde presupuestos más 'científicos' es previa y base ineludible.

Sólo así se puede llegar a la celebración y a la lectura interpretativa desde la fe que debe hacer cada cristiano dentro y desde la comunidad de fe que es la Iglesia.

En el caso que hoy nos atañe, el pase joaneo presenta ante la mirada del creyente el panorama de la experiencia sobre el Resucitado, varia y plural, que ofrecen los cuatro evangelios canónicos.

Así, en el caso de Juan, asistimos a la tercera y cuarta de las escenas posresurreccionales (Jn 20,19-23; 24-29 respectivamente) más la conclusión de Jn 20, 30-31 acerca de la selección que hace el primer redactor.

Luego se añade al evangelio de Juan el cap.21. La centralidad de Jesús en medio de la comunidad cristiana primitiva como Resucitado vivo, el mismo crucificado, origina confianza y seguridad en los discípulos.

Esto sucede al mostrarles los signos del triunfo sobre la muerte. De ahí que la comunidad esté llamada a ser testigo de Jesús en el mundo. Ella ha tenido y tiene experiencia del Resucitado.

Ella es el lugar natural donde Él se ha manifestado en su situación de Hombre Nuevo. Superada la tentación de Tomás de obtener demostración de la Resurrección al margen de la Iglesia, ésta reconoce al Hombre-Dios.

Lo reconoce, amigas y amigos, en el propio Jesús >histórico=, para invitar a hacerlo a las comunidades de toda la historia.

b. Texto

Resultan claramente diferenciadas las dos secciones de esta perícopa:

- Jn 20,19-23: Jesús vuelve a sus discípulos y les otorga la fuerza de su Espíritu;

- Jn 20, 24-29: la primera incredulidad de Tomás, que se transforma, por la palabra y el gesto de Jesús, en modelo de fe, se realiza sólo y exclusivamente entre los suyos y nada más que ahí.

Vamos por partes. El relato de la aparición por la noche se parece a Lc 24, porque la experiencia real, no 'imaginada' del Resucitado que viven los discípulos no encuentra más expresión que de tales 'apariciones'.

En ese clima se experimenta la alegría de estar con Cristo, de recibir su Espíritu y de sentirse enviados a la misión de anunciar la buena nueva del Evangelio.

La paz equivale ahora a estar junto a, a experimentar la presencia de Cristo Resucitado. Superado el miedo inicial, Jesús muestra su costado y sus heridas, para hacer ver que Él es el mismo que vivió y murió antes.

Este dato realista, junto con la descripción tan 'atípica' de su aparición muestran en su contraste tal vez la especial experiencia del Resucitado que vive la Iglesia primera.

Como segunda reflexión de este día nos encontramos con la figura de Tomás y lo que ella significa para la fe cristiana. De entrada, Tomás no se fía de la palabra de los otros discípulos.

Rechaza creer basándose en el testimonio. Sin embargo, justamente eso es lo primero que tendrá que aprender a hacer. Aunque Jesús muestra sus heridas a Tomás, no se lee en el texto que éste verificara pruebas.

Más bien le bastará el reproche de Jesús, para que cambie de actitud. De la boca de Tomás nacerá el mayor acto de fe en la historia: la confesión de Jesús como Señor y Dios, texto único del Nuevo Testamento.

Sólo aquí se explicita la Divinidad de Jesús, aunque hay otros medios que la expresan de forma menos explícita. La riqueza del misterio de Cristo se manifiesta—con su correspondiente hipérbole—en los vs.30–31.

Son versículos acerca de la imposibilidad de escribir todo lo referente a Jesús. De ese misterio vivirán los creyentes de todos los tiempos, participando de la vida eterna (cf. Jn 3,15s.).

c. Para la vida

¡Ésta es nuestra fe, hermanos! Como la de Tomás, cerrada a veces, ofuscada por la necesidad de 'pruebas' al estilo de la experimentación científica, como nos tiene acostumbrados la Modernidad.

¡Bendita sea la prueba científica, pero para aquellas esferas de la realidad que la exijan, no para otras! Porque, igual que le sucedió a Tomás, nos puede pasar a nosotros, en el siglo XXI, llamados a utilizar la razón.

Queremos pasar por la racionalidad en nuestro hacer diario, nuestras relaciones sociales, etc., y se nos puede ocurrir creer que >todo= es comprobable científicamente.

En el fondo, identificamos ciencia con razón, como si no fuera razonable el amor, la capacidad de perdonar, la búsqueda de sentido último de las cosas o la confianza, el riesgo por causa justa, la amistad... o el saber perdonar, por ejemplo..., o sea, las actitudes humanas. Haremos bien los creyentes, si en el campo de la educación ayudamos a las nuevas generaciones a entender que la fe es un gesto humano.

Y que, por tanto, es racional incluso sin ninguna demostración científica, a la vez que religioso. La tentación de Tomás no debe privarnos del gozo de sabernos elegidos por el Señor para anunciar el Evangelio.

Pero esto, 'somos' hijos de Dios, por el Espíritu. Quiero decir, que no por táctica, o por mera afición juvenil, o porque nos guste el 'lío', porque descubramos que encajamos en el rollo juvenil.

Esos factores son estupendos por supuesto, constituyen la materia con la que contamos en nuestro ser y hacer para sentirnos-ser-transformados por el Espíritu.

El caso es que la fe en Cristo Resucitado implica algo más: implica saber que Cristo nace a una vida nueva en su Humanidad. A mí se me ocurre en esto distinguir entre 'revivir' y Resucitar.

Jesús resucita, su Humanidad nace a una vida glorificada por el Padre que lo resucita (cf. Rom.10). 'Revivir' hubiera supuesto algo parecido a volver a las andadas: dolor, alegría, finitud...

¡Para ese viaje no habrían hecho falta tantas alforjas! ¿Qué me dirías, hermano, si te recuerdo que creer en el Resurrección conlleva experimentar alguna vez algo semejante a renacer a algo nuevo que merezca la pena?

Se me ocurre sugerirte que, poniéndole nombres a ese 'algo', sería atrayente hablar de resurrección humana y de Resurrección en y con Cristo a la gente actual: ¿y si lo intentamos, hermano, hermana...?

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb

aderojasr@yahoo.es